

PLANIFICACIÓN URBANA Y ESCALA SOCIAL: REFLEXIONES SOBRE DATOS DE COMUNIDADES CLÁSICAS EN HONDURAS

Rosemary A. JOYCE

Universidad de California, Berkeley

INTRODUCCIÓN

Consideremos, para empezar, la siguiente pregunta: ¿Qué nos transmiten los patrones de asentamiento sobre las sociedades humanas del pasado? Ésta es la pregunta fundamental para el estudio de la urbanización. Los estudios sobre el urbanismo y sus huellas arqueológicas incorporan en su mayoría una preferencia no sólo hacia ciertos tipos de preguntas, sino también hacia ciertas clases de respuestas. Desde mi punto de vista, los estudios de patrones de asentamiento y la literatura relativa a la significación arqueológica de los planos urbanos reflejan el contexto de su formación, como parte de la exploración materialista del modo en que los seres humanos se adaptaron a su ambiente natural y, sólo secundariamente, a su ambiente sociopolítico. Es desde esta perspectiva que aceptamos como obvia la importancia de las consideraciones sobre jerarquías regionales o intra-urbanas en tanto que reflejos de distintos niveles de integración social.

No pretendo negar la utilidad de tales estudios a la hora de producir conocimiento sobre asentamientos antiguos, para dirigir una comprensión comparativa sobre el modo en que la escala política, la centralización y la orientación hacia el medio pueden afectar a la forma del medio construido. Pero quisiera sugerir, desde el punto de vista de la investigación contemporánea de las prácticas sociales, ampliamente conocida en arqueología, geografía y otros campos de las ciencias humanas, un conjunto distinto de preguntas por dirigir a nuestros datos empíricos. Sugeriré además que mediante la investigación de nuevos temas podemos entender mejor las cuestiones ya formuladas acerca del proceso de desarrollo de las ciudades.

En un ensayo reciente señalé que los arqueólogos, los antropólogos y otros especialistas han sugerido que la materialidad desempeña un papel central en la transformación de identidades efímeras en hechos históricos (Joyce y Hendon

2000). En este sentido, las «comunidades» son creadas y se les hace aparecer como permanentes gracias a los medios materiales. Las «comunidades», entonces, llegan a serlo mediante el deambular cotidiano a través de ámbitos construidos, incluyendo los edificios, tal y como ha mostrado Pierre Bourdieu (1973, 1977) entre otros. Sus miembros incorporan el sentido de comunidad por medio de la repetición de, o la *referencia* a (usando el término —*citation*— que ha propuesto Judith Butler), las prácticas de otras personas que se desplazan a través de los mismos ámbitos espaciales y en los cuales se realiza la misma gama de prácticas diarias (Connerton 1989; Joyce 1988, siguiendo a Butler 1990, 1993: 12-16, 101-119).

Estas perspectivas han transformado los análisis que realicé con mis colegas (Henderson y Joyce 2000, Joyce y Hendon 2000) sobre el asentamiento en dos regiones de Honduras (Fig. 1). En Cerro Palenque (Joyce 1991), las comunidades aparecen bien delimitadas y fácilmente definidas. Por contra, en la cuenca del río

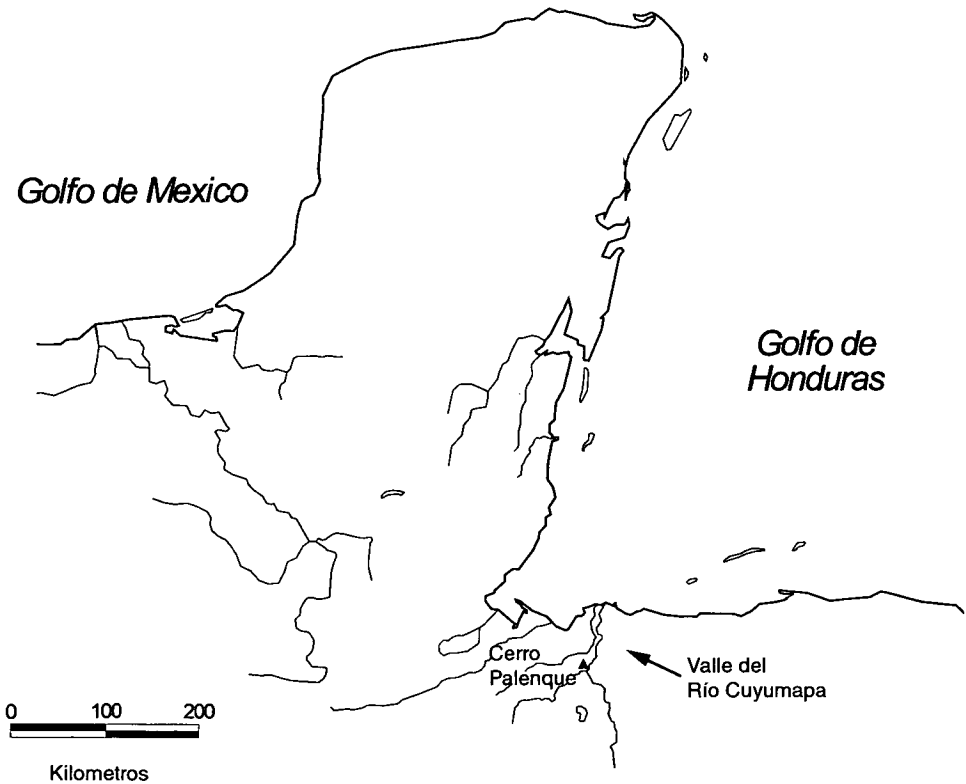


FIG. 1.—Mesoamérica oriental con las regiones mencionadas en el texto.

Cuyumapa (Hendon y Joyce 1993; Joyce *et al.* 1989) la dispersión del poblamiento a través del paisaje supone un reto a la hora de delinear comunidades como entidades espaciales. Estos dos ejemplos son evidencia de diferentes formas de realización de la identidad a través del paisaje construido.

Anteriormente habíamos interpretado la regularidad de los complejos arquitectónicos como evidencia de la presencia de una sola y bien definida comunidad en Cerro Palenque (Joyce 1991). En la cuenca del río Cuyumapa, argumentábamos que pautas arquitectónicas igualmente regulares, pero distintivas, serían evidencia de comunidades múltiples (Hendon y Joyce 1993). Podemos abordar más exactamente esas pautas distintivas, aunque a la vez regulares, como afirmaciones sobre la realidad concreta de diferentes tipos de comunidades formuladas por sus constructores (Henderson y Joyce 2000; Joyce y Hendon 2000). Desde este último punto de vista, el uso de unas medidas comunes, como ha demostrado John Clark (cap. 8 en este volumen), indica un acto de identificación deliberada con otras personas en el acto de construir un centro arquitectónico. La situación que advertimos en la cuenca del río Cuyumapa sugiere una carencia de identidades unificadas, distintivas y delimitadas. En cambio, Cerro Palenque engloba físicamente, y por lo tanto crea, una comunidad cerrada.

Nuestro análisis se basa en lo que Ruth Tringham llama una investigación «*multi-scalar*». Tringham (1991, 1994, 1995) argumenta que los lugares arqueológicos han de considerarse creaciones deliberadas de agentes sociales pretéritos. A partir del trabajo del geógrafo Allan Pred (1984, 1990), Tringham propone que los lugares arqueológicos son el resultado de procesos en los que se entrelazan las biografías de las cosas (edificios incluidos) y las biografías de las personas. Los lugares, por lo tanto, están siempre en un proceso de construcción, conectados entre sí a diferentes escalas por las historias vitales de las cosas que los componen y las biografías de la gente que las usa. Si evaluamos nuestros datos arqueológicos desde diversas escalas de análisis, podemos adoptar como interrogante por resolver cómo, y en qué grado, se manifiestan patrones diferentes en diversas escalas y en diversos materiales (Henderson y Joyce 2000; Joyce y Hendon 2000).

Según Margaret Rodman (1992), los lugares son multi-vocales, porque son construcciones humanas de personas con múltiples situaciones sociales. El lugar es simultáneamente una parte de distintas biografías sociales y una posición en los paisajes de múltiples personas. Dianne Rocheleau, Barbara Thomas-Slyter y David Edmunds (1995: 64) demuestran cómo unos mismos elementos de un paisaje pueden tener una significación distinta para diversos miembros de una comunidad: comentan que «un solo árbol en Kenia, por ejemplo, puede tener un 'propietario' masculino, puede ser cuidado por una mujer que pide prestado el terreno en el cual se encuentra el árbol, puede proporcionarle fruta a ella misma y a otra mujer que vivió en ese terreno cuando se plantó el árbol y puede abastecer de combustible a todas las personas en buena posición de la comunidad». Sugieren dichos autores que, para captar la multiplicidad del lugar a la hora de trazar un

mapa u otra descripción del paisaje, hemos de tomar tres medidas. Primero, abogan por empezar por la escala detallada del uso cotidiano. En segundo lugar, debemos considerar los derechos múltiples que se entrecruzan en lugares determinados. Tercero, tenemos que buscar activamente evidencias de perspectivas múltiples en el uso, el valor y el significado de los paisajes.

EL ESPACIO DEL ASENTAMIENTO DURANTE EL PERIODO CLÁSICO EN HONDURAS

Usando el número de estructuras residenciales como índice demográfico, Cerro Palenque y la cuenca del río Cuyumapa representan, con aproximadamente 500 estructuras de pequeño tamaño, escalas sociales semejantes. Pero ambos ejemplos son muy distintos analíticamente. Cerro Palenque muestra pautas concéntricas en la disposición de grupos pequeños de edificios alrededor de un grupo de estructuras grandes y de uso especial (Figs. 2 y 3). La cuenca del río Cuyumapa muestra distribuciones diversas de los grupos pequeños de edificios en relación con los grupos de mayor escala (Figs. 4 y 5). Con 500 estructuras concentradas en un área de 3 km², Cerro Palenque arroja una densidad (167 estructuras/km²) que contrasta con la dispersión de un número semejante de estructuras a través de 165 km² en la cuenca del río Cuyumapa (3 estructuras/km²). Como ha señalado William Sanders (cap. 2 en este volumen), la densidad demográfica constituye una característica muy importante para el estudio de la urbanización; yo añado que efectivamente lo es, y no meramente como un índice de la economía o el sistema político, sino también por la gran diferencia que distintas densidades estimulan la experiencia de la ciudad.

En mi ejemplo hondureño, el número de estructuras que no parecen ser conjuntos domésticos es virtualmente idéntico en las dos zonas. Ello indica que los residentes de ambas áreas tenían acceso a un número, y quizás una gama, semejante de locales para sus actividades menos cotidianas. La *diversidad* de los lugares de gran escala es realmente mayor en la zona de menor densidad demográfica, la cuenca del río Cuyumapa, donde encontramos múltiples ejemplos de estructuras no-domesticas que cabe entender como idénticas en su función. Dicho de forma más patente: en Cerro Palenque se ha identificado un solo juego de pelota para servir a una «comunidad» de alrededor de 500 unidades habitacionales; en la cuenca del río Cuyumapa, donde no observamos una concentración del asentamiento, había un juego de pelota para cada 65 edificios residenciales. La complejidad en el uso de estos conjuntos arquitectónicos, deducida a partir de la diversidad en tamaño, orientación e integración con otros edificios, resulta inesperada para una población de agricultores dispersos en el paisaje. Resultaría inesperada, al menos, si restos materiales como los que representan los juegos de pelota fueran síntomas pasivos de ciertas formas de

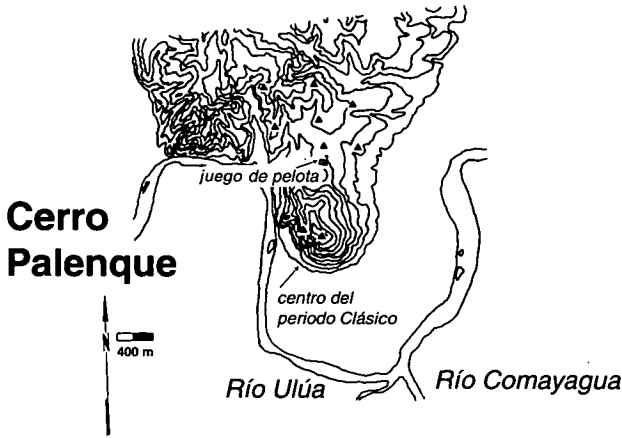


FIG. 2.—Vista general del sitio arqueológico Cerro Palenque. En la cima del cerro (sur) se construyó el centro temprano, fechado en el periodo Clásico (600-850 a.C.). En las colinas del norte se encuentran los grupos de edificios del centro del Clásico Terminal (850-1050 d.C.). El juego de pelota, construido en los últimos siglos de ocupación del lugar, marca el extremo sur de esta parte del sitio.

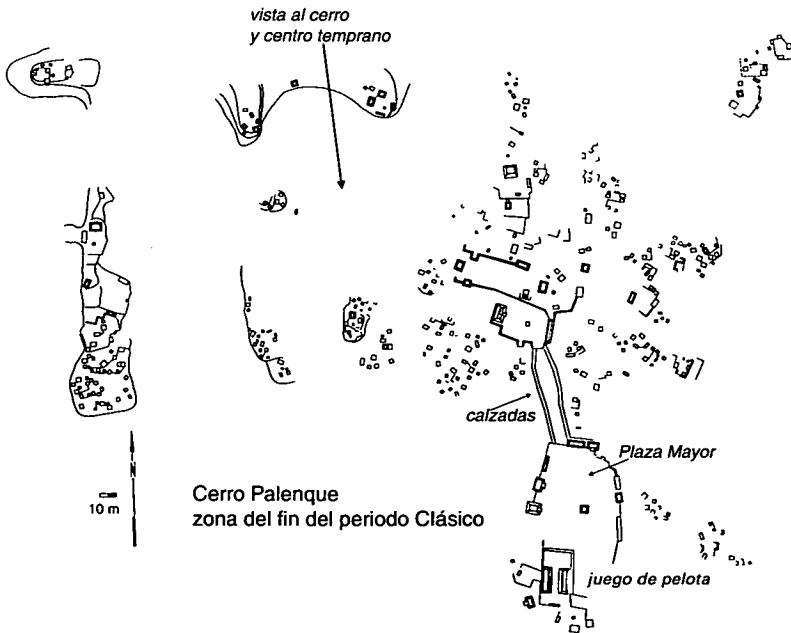
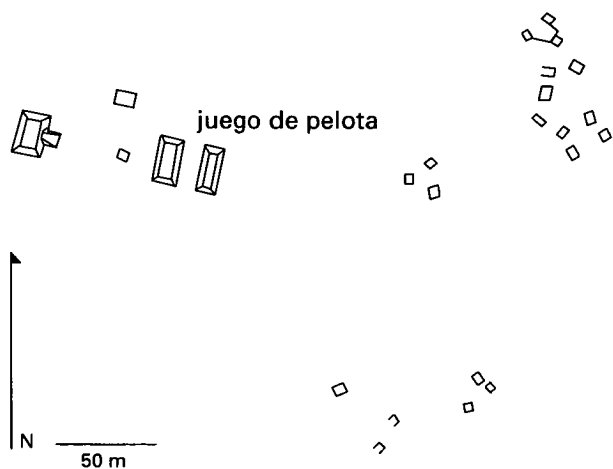
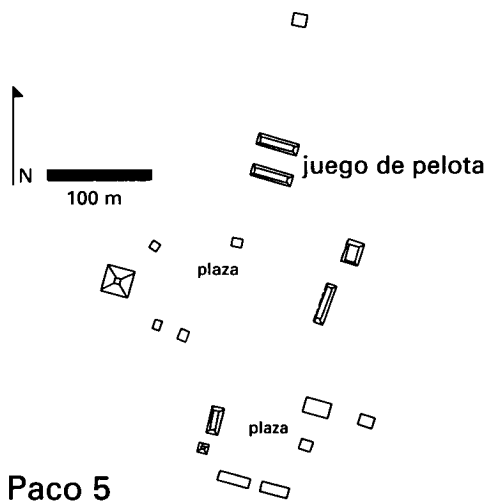


FIG. 3.—Cerro Palenque: zona ocupada durante el final del periodo Clásico. Todos los grupos están orientados hacia el sur.



Paco 2

FIG. 4.—Sitio Paco 2, Valle del río Cuyumapa, mostrando un pequeño grupo de montículos grandes, incluyendo un juego de pelota, sin concentración de otras estructuras.



Paco 5

FIG. 5.—Sitio Paco 5, Valle del río Cuyumapa, mostrando un centro compuesto por dos plazas y un juego de pelota, sin otras estructuras.

identidad de la comunidad, antes que medios de afirmar y emular la formación de la comunidad.

CONCEPTOS TEÓRICOS SOBRE EL USO HUMANO DEL PAISAJE

Las diversas formas de acotar de manera permanente el paisaje documentadas en los dos ejemplos hondureños, se deben entender como resultados de personas conscientes haciendo uso de la arquitectura para escribir sobre el paisaje diversas formas de comunidad. Podemos llamar a esta escritura la *inscripción* del paisaje, usando la terminología que Paul Connerton (1989: 72-73) propuso para el proceso por el cual la memoria social se concreta y se generaliza (Joyce y Hendon 2000).

Connerton (1989) describió una tensión entre lo que llamaba «prácticas de incorporación corporal», y «prácticas de inscripción». En el caso de las prácticas corporales, la acción individual, incluso la realización de prácticas estereotipadas, se experimenta como original, no fijada por la tradición. Las prácticas de inscripción, al fijar la experiencia en formas compartidas y expresarla con medios materiales, sirve para limitar la variación en la interpretación de la experiencia. Las prácticas corporales son íntimas, internas y efímeras. Tienen lugar en lo que Michael Herzfeld (1991: 10) llama *tiempo social*, del cual dice que es «el grano por moler de la experiencia diaria... la clase de tiempo en la cual los acontecimientos no pueden ser predichos, pero en la que se puede hacer todo tipo de esfuerzo para influir en ellos... [es] el tiempo que da a los acontecimientos su realidad, porque se encuentra con cada uno de ellos como miembro de una clase».

Las prácticas de inscripción, por contra, convierten en permanentes las acciones y los aspectos más efímeros. Los separan de su posición localmente situada en los cuerpos y las vidas de personas determinadas, y los someten a un comentario y a una evaluación social más amplios. Las prácticas de inscripción facilitan la creación de historias, escritas en lo que Herzfeld denomina el *tiempo monumental*, del cual dice (1991: 7-10) que «tiene el poder de encubrir los puntales de su administración e insistir en la justicia de sus resultados... es reductor y genérico. Se encuentra con los acontecimientos como realizaciones de un cierto destino supremo y reduce la experiencia social a una predicción colectiva. Su foco principal está en el pasado —un pasado constituido por categorías y estereotipos».

La construcción de lugares por medio de la localización de edificios en el paisaje es un modo de inscripción, de escritura, a gran escala. Se puede entender como una vía por la que las sociedades intentan concretar y generalizar sólo *ciertas* identificaciones dominantes, creando historias más duraderas para identidades específicas, marcándolas permanentemente en el paisaje por medio de la ar-

quitectura. En otra ocasión he comparado dicha construcción con la forma en que los adornos corporales y las imágenes humanas sirvieron, en la América Central prehispánica, como medios para la inscripción y el control de prácticas corporales en la escala del sujeto individual (Joyce 1998). Como ha señalado Takeshi Inomata (cap. 13 en este volumen), en los sitios mayas, la escultura y los vasos pintados sirvieron también como medios de inscripción de prácticas en tanto que precedentes para la acción.

ÁMBITOS PARA EL EJERCICIO DE LA ACCIÓN

En los sitios mesoamericanos a menudo se da por sentada una división entre el espacio doméstico y el espacio público, la cual combina la escala espacial con la naturaleza de las actividades que ocurren en un lugar. De hecho, determinados conjuntos de menor escala excavados en los sitios mesoamericanos no se pueden definir como privados, porque eran también el lugar de representaciones públicas periódicas (Hendon 1997, 1999). A veces fueron integrados con otros ámbitos espaciales por medios como los caminos mayas o *sacbeob* (Kurjack 1979; Ringle 1999). En lugar de una dicotomía entre espacio doméstico y público, podemos entender la variación en la organización espacial de los asentamientos mesoamericanos en términos de intimidad, visibilidad y frecuencia de circulación, aspectos principales que en este volumen han sido abordados por otros autores, particularmente Takeshi Inomata, Dominique Michèlet y Pierre Becquelin, y Charlotte Arnauld. La intimidad es un producto de la variación en la escala de los espacios, desde el interior de las casas individuales a los grandes espacios exteriores de las plazas urbanas. Es independiente de la visibilidad, que varía desde los contextos menos visibles, propios de los espacios interiores, hasta la omnipresencia visual de la arquitectura monumental en los sitios e incluso a nivel regional. La frecuencia de circulación abarca desde la circulación cotidiana dentro de las casas hasta la circulación hacia lugares de prácticas rituales de acuerdo con lo que prescriben los calendarios o con los acontecimientos de las vidas individuales.

En la intimidad del interior de la casa, y presenciadas sólo por aquellas personas con acceso a tales ámbitos, tuvieron lugar prácticas distintas a las realizadas en las plataformas exteriores y de mayor escala situadas frente a las plazas, espacios potenciales de reunión de numerosas personas. Diferentes marcos espaciales combinaron o segregaron la repetición de las prácticas cotidianas, la sincronización regular y previsible de las prácticas dictadas por los calendarios y la periodicidad irregular pero bien marcada de las ceremonias asociadas al ciclo vital (véase también Conkey 1991: 66-81).

Usando estos criterios, hemos distinguido cuatro tipos de ámbitos espaciales en Cerro Palenque y en la cuenca del río Cuyumapa (Joyce y Hendon 2000): (1)

los espacios interiores de los edificios individuales, que forman parte de grupos de pequeña escala, se identifican por medio de la investigación arqueológica como conjuntos residenciales; (2) los patios, espacios abiertos de pequeña escala compartidos por los moradores de los conjuntos residenciales, eran más visibles, pero todavía íntimos; (3) las plazas, espacios abiertos de gran escala, eran los espacios menos íntimos y más visibles y habrían presenciado una frecuencia menor de circulación; y (4) los espacios interiores de los edificios monumentales, dispuestos ordenadamente alrededor de las plazas, incluyendo tanto lugares altamente visibles como otros menos visibles, que albergarían las actividades de una pequeña cantidad de individuos. Esta es una perspectiva semejante a la que Takeshi Inomata ha aplicado en su análisis de Aguateca (cap. 13 en este volumen).

Los ámbitos espaciales que acabo de definir alojaron escalas más y menos hegemónicas de práctica (véase también Love 1999). Las acciones realizadas de forma altamente visible para grandes segmentos de población habrían constituido fuentes para la evaluación del comportamiento normativo, creando una comunidad con experiencias comunes. Las acciones menos visibles y más íntimas, las realizadas dentro de los edificios de menor escala del grupo residencial, proporcionarían potencialmente mayor libertad con respecto a los apremios de las expectativas compartidas, generadas por las acciones públicas. Pero estas acciones íntimas carecieron de la amplia penetración comunitaria necesaria para su confirmación como antecedentes de prácticas sociales de carácter general.

La dimensión temporal de las acciones situadas en los ámbitos íntimos y de menor escala —esto es, en los interiores domésticos— neutralizó en parte la libertad de acción que cabe esperar de las prácticas cotidianas. Las estructuras mayores formalizaron la reiteración periódica de la acción en una escala altamente visible. Las relaciones físicas entre los individuos y la configuración interior de las casas disciplinaron igualmente las prácticas de aquéllos. En la medida que las casas mismas fueran construidas como referencias a una arquitectura cotidiana y tradicional, las experiencias de sus moradores se verían constreñidas por las convenciones del edificio (véase Steadman 1996: 64-72). Las prácticas diarias íntimas, realizadas dentro de viviendas de menor escala, pudieron haber sido medios eficaces para la producción de la conformidad, porque las constricciones sobre la capacidad de obrar resultarían menos obvias para la persona (véase también Bourdieu 1973; Butler 1993: 93-119). Por el contrario, las ocasiones de circulación formalizada a través de ámbitos espaciales más visibles, como los patios y las plazas, medidas por calendarios compartidos y acontecimientos periódicos del ciclo vital, eran momentos en que la realización de la acción como repetición de lo precedente se traía a un primer plano y se hacía consciente (Butler 1993: 95, 107-109).

LOS ASENTAMIENTOS PREHISPÁNICOS DE HONDURAS A TRAVÉS DE LA EXPERIENCIA

Los rasgos del paisaje que hoy llamamos Cerro Palenque hablan con una sola voz. Ello puede ser menos un reflejo de su mayor integración social que una consecuencia de la perspectiva restringida del paisaje desde la cual observamos el sitio. Por natural que nos parezca esa restricción de la perspectiva, se trata de un efecto producido por la gente que construyó el sitio y por medio de la localización deliberada de grupos de edificios a lo largo de las crestas de las colinas (Fig. 3). La orientación de los edificios en el paisaje fue manipulada para lograr panorámicas de un grupo de edificios construido durante la época temprana de ocupación del lugar, durante el Clásico Tardío, para incorporar visualmente los edificios más distantes en un solo lugar relacionado con un punto de origen histórico y de visión (Fig. 2) (ésta es una situación semejante a la que han señalado Michèlet y Becquelin en su comentario sobre Dzibilnokak, cap. 9 en este volumen). El paisaje construido en Cerro Palenque insistió en su independencia con respecto a otros lugares contemporáneos.

El paisaje de Cuyumapa no presenta tal ilusión de cierre y perfección. Están ausentes la permanencia y el cierre que representarían los asentamientos centralizados. Los grupos de edificios situados sobre arroyos con acceso a las tierras cultivables marcan el paisaje como lugar de comunidades múltiples de agricultores. Estas personas también forman las comunidades usando dos clases distintas de lugares con juegos de pelota. Aquellas canchas de una escala menor, localizadas en los afluentes, están situadas en posiciones centrales con respecto a las comunidades agrícolas (Fig. 4). En contraste, los juegos de pelota de una escala mayor, en los ríos importantes, están situados en posiciones centrales con respecto a regiones más amplias (Fig. 5). Su localización facilitaría recorridos desde lugares más dispersos a lo largo del curso de los ríos. Independientemente de que las canchas sean menores o mayores, locales o regionales, se dividen en dos clases sobre la base de su orientación, quizás reflejando su uso en diversas estaciones del año por parte de comunidades mayores y menores (Joyce y Hendon 2000).

El solapamiento de comunidades distintas, en escalas múltiples y basadas en principios múltiples de organización, es evidencia de lo que Carole Crumley (1987) ha denominado la «heterarquía» (*heterarchy*) de los elementos que forman el paisaje. Crumley definió la heterarquía como alternativa a la noción de jerarquía, como una forma de complejidad por solapamiento de las relaciones sociales (véase también Ehrenreich *et al.* 1995). La autora subraya la necesidad de adoptar una escala apropiada de análisis para percibir la heterarquía (véase también Adams 1975: 60-61, 210-211).

La carencia de cierre en la materialización de identidades comunitarias unificadas, distintivas y delimitadas es evidente en la cuenca del río Cuyumapa. En Cerro Palenque, el paisaje social muestra una sola comunidad, enraizada en el lu-

gar por medio de la colina. Cerro Palenque es un poblado jerárquico, delimitado por hitos geográficos usados como referencia para los grupos de casas más periféricos y distantes, centrados visual y espacialmente en la colina y la plaza sobre su cima. En el centro de este lugar, las terrazas, las calzadas pavimentadas y los edificios monumentales dirigen el movimiento hacia un pasillo cada vez más estrecho que conduce al juego de pelota, encaramado al final de la colina. La repetición de elementos arquitectónicos, como las calzadas pavimentadas gemelas y las rampas emparejadas, aportaba precedentes dentro del propio lugar para cada elemento importante del asentamiento. El cierre, la jerarquía y la integración arquitectónica visual negaban la realidad de que Cerro Palenque no era la sede de una comunidad centralizada, estable y longeva, sino el resultado de un programa de construcción breve y rápido.

En ambos ejemplos, los lugares ofrecieron una presencia histórica mediante la construcción de ámbitos de gran escala para las acciones, distintos de los abundantes grupos residenciales de escala menor que constituían los escenarios de la vida cotidiana. El peso histórico de las edificaciones principales fue resultado de acciones deliberadas por parte de poblaciones con tamaños semejantes y ocupadas en una misma gama de actividades. La carencia de una verdadera identidad histórica a largo plazo en el caso de Cerro Palenque fue resuelta mediante la creación de un lugar a gran escala con el cual promulgar una identidad común. En la región del río Cuyumapa, se marcaron en el paisaje múltiples identidades históricas.

CONCLUSIÓN

Ruth Tringham (1991, 1994, 1995) aboga por un examen de las biografías de los sitios arqueológicos. Este enfoque aborda cada asentamiento como poseedor de una trayectoria de desarrollo potencialmente única. Reconoce que tenemos a menudo datos sobre el cambio en una resolución temporal muy alta, la cual nos ofrece información a una escala semejante a la de la acción cotidiana. Una aproximación biográfica a los sitios tiene la ventaja de permitir el reconocimiento de la incorporación de elementos anteriores en paisajes posteriores como una acción consciente. Ello evita abstraer los sitios a partir de la conducta vital de personas provistas de la capacidad de actuar, de gestionar (*agency*). Como argumenta Tringham, los lugares arqueológicos son resultado de procesos de reproducción social, en los cuales se entrelazan las historias vitales de las cosas y las biografías de las personas. Los lazos jerárquicos no constituyen el único modelo existente ni de las relaciones sociales ni de los datos de asentamiento que constituyen su huella. Una perspectiva basada en la heterarquía tiene la virtud de recordarnos que las relaciones de rango son fluidas, no permanentes, y que su alcance está confinado en dominios sociales particulares. Aun donde existan fuertes jerar-

quías de control, éstas no constriñen el comportamiento de manera tal que puedan producir una identidad consistente en cada dominio de la cultura material.

Estas consideraciones sugieren la necesidad, para mejorar la comprensión de los paisajes sociales antiguos, de cambios en los enfoques con los que se analiza el asentamiento. Dado que la proximidad aumenta la posibilidad de interacción diaria, es importante examinar las semejanzas y diferencias entre estructuras vecinas y entre grupos vecinos de estructuras. Las características culturales del paisaje son creaciones deliberadas de personas que desempeñaron su papel de agentes. Incorporan aseveraciones sobre las comunidades de las que dichas personas fueron miembros. Reconocer comunidades requiere una atención cuidadosa a las consonancias y disonancias de conjuntos múltiples de datos (Henderson y Joyce 2000; Joyce y Hendon 2000). La identidad de las comunidades probablemente sea plural y esté sujeta a disputa, y ello debe afectar al modo en que interpretamos los datos de asentamiento.

Si interpretamos esos datos como el producto de construcciones activas por parte de las comunidades y como el producto de la negociación de la diferencia y la identidad dentro de esas comunidades, inscritos en el paisaje, cambiaremos necesariamente los tipos de preguntas que dirigimos a nuestros datos. Una característica destacada del asentamiento en el valle del río Ulúa, por ejemplo, es la presencia de elementos más antiguos incorporados en paisajes más recientes (Henderson y Joyce 2000). Antes que interpretar esto como un mero accidente, la adopción de una perspectiva centrada en la capacidad de actuar de los agentes nos conduce a considerar esa pauta repetida como evidencia de la conexión de los asentamientos con sus raíces históricas por medio de la colocación de conjuntos de edificios en el paisaje.

La forma del asentamiento es un producto más o menos consciente de la creación de clases específicas de relaciones sociales. Puede tratarse de relaciones económicas y/o políticas, pero primero —y sobre todo— son hábitos cotidianos. La forma del asentamiento puede entenderse en parte como un reflejo de las estrategias que los miembros de una sociedad utilizan para concretar y generalizar ciertas identificaciones, dotando de profundidad histórica a unas identidades específicas mediante su inscripción permanente en el paisaje. La diversidad de los elementos del paisaje ha de entenderse como el resultado del uso de la arquitectura, por parte de actores conscientes, para escribir sobre el paisaje formas distintas de comunidad.

BIBLIOGRAFÍA

- ADAMS, Richard N. 1975. *Energy and Structure: A Theory of Social Power*. University of Texas Press. Austin.
- BOURDIEU, Pierre. 1973. «The Berber House», en *Rules and Meanings: The Anthropology of Everyday Knowledge*, Ed. M. Douglas, pp. 98-110. Penguin Books. Harmondsworth.

- 1977. *Outline of a Theory of Practice*. Cambridge University Press. Cambridge.
- BUTLER, Judith. 1990. *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*. Routledge. Nueva York.
- 1993. *Bodies That Matter: On the Discursive Limits of «Sex»*. Routledge. Nueva York.
- CONKEY, Margaret. 1991. «Contexts of Action, Contexts for Power: Material Culture and Gender in the Magdalenian», en *Engendering Archaeology: Women and Prehistory*, Eds. J. Gero y M. Conkey, pp. 57-92. Basil Blackwell. Oxford.
- CONNERTON, Paul. 1989. *How Societies Remember*. Cambridge University Press. Cambridge.
- CRUMLEY, Carole. 1987. «A Dialectical Critique of Hierarchy», en *Power Relations and State Formation*, Eds. T. Patterson y C. W. Gailey, pp. 155-169. Archaeology Section of the American Anthropological Association. Washington D.C.
- EHRENREICH, Robert M., Carole L. CRUMLEY y Janet E. LEVY. 1995. *Heterarchy and The Analysis of Complex Societies*. Archeological Papers of the American Anthropological Association, n.º 6. Archaeology Division. Arlington.
- HENDERSON, John S. y Rosemary JOYCE. 2000. «Space and Society in the Lower Ulúa Valley, Honduras». A paper presented at 65th Annual Meeting of the Society for American Archaeology. Filadelfia.
- HENDON, Julia. 1997. «Women's Work, Women's Space and Women's Status among the Classic Period Maya Elite of the Copan Valley, Honduras», en *Women in Prehistory: North America and Mesoamerica*, Eds. C. Claassen y R. A. Joyce, pp. 33-46. University of Pennsylvania Press. Filadelfia.
- 1999. «The Pre-Classic Maya Compound as the Focus of Social Identity», en *Social Patterns in Pre-Classic Mesoamerica*, Eds. D. C. Grove y R. A. Joyce, pp. 97-125. Dumbarton Oaks. Washington D.C.
- HENDON, Julia y Rosemary JOYCE. 1993. «Questioning "Complexity" and "Periphery": Archaeology in Yoro, Honduras». A paper presented at the Annual Meeting of the Society for American Archaeology. San Luis.
- JOYCE, Rosemary A. 1991. *Cerro Palenque: Power and Identity on the Maya Periphery*. University of Texas Press. Austin.
- 1998. «Performing the Body in Pre-Hispanic Central America». *Res: Anthropology and Aesthetics* 33: 147-165.
- JOYCE, Rosemary A. y Julia HENDON. 2000. «Heterarchy, History, and Material Reality: "Communities" in Late Classic Honduras», en *The Archaeology of Communities: A New World Perspective*, Eds. M. A. Canuto y J. Yaeger, pp. 143-159. Routledge Press. Londres.
- JOYCE, Rosemary A., Russell N. SHEPTAK, Julia HENDON, Christopher FUNG y John GERRY. 1989. «Settlement Patterns in Yoro, Honduras». A paper presented at the 88th Annual Meeting of the American Anthropological Association. Washington D.C.
- KURJACK, Edward B. 1979. «*Sacbeob*: parentesco y desarrollo del estado maya», en *Los procesos de cambio en Mesoamerica y areas circunvecinas*, Tomo I, pp. 217-230. XV Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología. Guanajuato.
- LOVE, Michael. 1999. «Ideology, Material Culture, and Daily Practice in Pre-Classic Mesoamerica: A Pacific Coast perspective», en *Social Patterns in Pre-Classic Mesoamerica*, Eds. D. C. Grove y R. A. Joyce, pp. 127-153. Dumbarton Oaks. Washington D.C.
- PRED, Allan. 1984. «Place as Historically Contingent Process: Structuration and the Time-Geography of Becoming Places». *Annals of the Association of American Geographers* 74 (2): 279-297.

- 1990. *Making Histories and Constructing Human Geographies*. Westview Press, Inc. Boulder.
- RINGLE, William. 1999. «Pre-Classic Cityscapes: Ritual Politics among the Early Lowland Maya», en *Social Patterns in Pre-Classic Mesoamerica*, Eds. D. C. Grove y R. A. Joyce, pp. 183-223. Dumbarton Oaks. Washington D.C.
- ROCHELEAU, Dianne, Barbara THOMAS-SLAYTER y David EDMUNDS. 1995. «Gendered Resource Mapping: Focusing on Women's Spaces in the Landscape». *Cultural Survival Quarterly* Winter, 1995: 62-68.
- RODMAN, Margaret. 1992. «Empowering Place: Multilocality and Multivocality». *American Anthropologist* 94 (3): 640-656.
- STEADMAN, Sharon. 1996. «Recent Research in the Archaeology of Architecture: Beyond the Foundations». *Journal of Archaeological Research* 4 (1): 51-93.
- TRINGHAM, Ruth. 1991. «Households with Faces: The Challenge of Gender in Prehistoric Architectural Remains», en *Engendering Archaeology: Women and Prehistory*, Eds. J. Gero y M. Conkey, pp. 93-131. Basil Blackwell. Oxford.
- 1994. «Engendered Places in Prehistory». *Gender, Place, and Culture* 1 (2): 169-203.
- 1995. «Archaeological Houses, Households, Housework and the Home», en *The Home: Words, Interpretations, Meanings, and Environments*, Eds. D. Benjamin y D. Stea, pp. 79-107. Avebury Press. Aldershot.